

Seamos comprensivos, dóciles y misericordiosos!

Homilía, 16 octubre 2019 – Nelson Barbieri SDS

Miércoles de la XXVIII semana del tiempo ordinario (I)
[Rom 2, 1-11; Sal 61, 2-3. 6-7. 9; Lc 11, 42-46]

La Palabra de Dios siempre es viva y efectiva. Pero hay momentos en que parece demasiado dura para poner nuestro pecado ante nuestros ojos. Las palabras del Apóstol Pablo son duras: nadie tiene el derecho de gloriarse ante Dios. Pablo se dirige a aquellos que de manera farisaica se consideran justos, y piensan que no necesitan la misericordia de Dios y están juzgando a los demás. "Todo el mundo hace esto" no es un criterio de moralidad para aquellos que quieren seguir a Cristo. Convertirse en juez de otros tampoco nos libera de ser juzgados. Cuando vemos a alguien equivocado, fácilmente pensamos que en su lugar lo haríamos mejor. De hecho, una cosa es juzgar y otra es hacer. Probablemente, en lugar del hermano que juzgamos, lo haríamos peor. Esto es lo que desafortunadamente sucede tan a menudo en el campo moral y espiritual. El que juzga, aunque en algunas cosas tiene razón, está gravemente equivocado simplemente porque juzga, porque, como dice Jesús, lo más importante es la justicia y el amor. El que juzga a los demás se separa de ellos, poniéndose en una situación de egoísmo y orgullo. Ponerse con humildad y con la verdad ante la misericordia de Dios es el gran camino de salvación.

Dios siempre nos invita a la conversión. Mientras vivimos aquí, el Señor nuestro Dios nos da oportunidades para convertirnos. La paciencia, la bondad y la tolerancia de Dios son, por lo tanto, una invitación para que tengamos una transformación interna y, en consecuencia, un cambio de mentalidad y acción. Sin embargo, no siempre estamos dispuestos a asimilar esta verdad entendiendo siempre que los demás es que necesitan convertirse. Luego perdemos un tiempo precioso queriendo influir en la vida de los demás con nuestros prejuicios y nuestras suposiciones. Por eso, San Pablo nos advierte que el mal que vemos en el otro y censuramos, es el mismo que nosotros también practicamos, diciendo: "Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no importa quién seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo mismo que hacen ellos". Debido a nuestro proceder, estamos acumulando ira, disputa y enemistad sin darnos cuenta de que Dios, como un juez justo, pagará a cada uno de nosotros según nuestras obras. En lugar de preocuparnos tanto por la vida de los demás, sería mejor si perseveramos en la práctica del bien, hacer nuestra parte y acoger la misericordia liberadora del Señor. Por lo tanto, que Dios, el juez justo, juzgue a cada uno de nosotros por nuestras obras, porque no hace distinción entre personas. Ante Él todos somos iguales.

En el Evangelio, Jesús dirige palabras duras a los fariseos y maestros de la ley por la hipocresía con la que se hacen cargo de los asuntos de la ley de Dios. Exigieron de los otros sacrificios, cargas insoportables, pero ellos mismos no viven lo que predicán. Pagaban el diezmo de todas las ganancias que tenían, pero actuaron con la injusticia y la falta de amor. Ellos hicieron todo lo posible para llamar la atención de la gente en sí mismos y son similares a las tumbas que no se ven, porque no transparecían realmente lo que eran. Ellos querían expresar la vida cuando ellos mismos fueron la muerte. Tomando esta palabra también podemos hacer una evaluación de nuestras actitudes y ver si lo que Jesús habló ayer es adecuado para nosotros hoy. Si nuestras actitudes tienen como parámetro la justicia y el amor de Dios, seguramente Jesús no está hablando con nosotros, porque todo lo que hacemos por amor a Dios, tendrá su aprobación. Sin embargo, incluso si estamos pagando diezmo de todo lo que hemos ganado, si estamos presentes en todas las celebraciones, en todos los retiros, pero nuestro corazón no cumple con nuestras acciones, también somos dignos de censura. "Ay de vosotros," dirá el Señor cuando le estamos exigiendo al otro lo que nosotros mismos no lo hacemos; cuando queremos llamar la atención de otras personas sobre nuestras "buenas acciones"; o cuando hipócritamente, no hacemos lo que predicamos y así engañamos a la gente. Que las instrucciones del Maestro sirvan como faro para nuestra vida y misión.

Esto es lo que tenemos que practicar: amor y fe. Amor, porque este es el mandato que nos da Jesús. Si prestamos oído a sus palabras, como Él demanda, oiremos que todo lo que quiere es que amemos a Dios con toda nuestra fuerza, con todo nuestro ser y toda nuestra capacidad y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Eso es todo. Hagamos con fe lo que Él nos dice y derrotaremos al mal y a la muerte, alcanzando la vida Eterna.

No tengamos miedo. Para eso ha venido Jesús, para infundirnos confianza. Solo oigamos y hagamos lo que nos dice: ¿Y quien es nuestro prójimo? Es todo aquel que nos rodea o acompaña en cualquier circunstancia de la vida. Porque la humanidad entera somos hijos de un solo Padre Creador y por lo tanto somos hermanos. Por nuestras venas corre la misma sangre, sin importar la edad, color de la piel o posición social o económica. Como buenos hermanos, todos, nos debemos amar. Y el amor no tiene condiciones, ni espera nada en cambio. Amemos a nuestros hermanos y alcanzaremos la vida eterna.

Jesús nos dice algo más sobre el amor en estos versículos del Evangelio de hoy. El amor ha de ser compasivo, misericordioso. No se trata de poner cargas imposibles de llevar sobre los hombros de los demás, mientras nosotros nos vamos de alivio. No debemos exigir a nadie más que aquello que nosotros mismos estamos dispuestos a dar. Empecemos por ahí. Empecemos por dar el ejemplo. Si lo que hacemos es bueno y justo, dará sus frutos y nuestros nombres quedarán registrados en el cielo. Es esto todo lo que nos debe importar. Esforcémonos por hacer el bien, por caminar en la luz, por hablar con la verdad. Seamos perfectos, como es perfecto nuestro Padre celestial, confiando plenamente en Jesús, que el pondrá su parte para que nuestra semilla fructifique llegado su momento. Trabajemos incansablemente por la construcción del Reino, con amor, fe y esperanza. Recordando que de estas tres, el amor es lo más importante. Seamos sensibles! Dejémonos conmover! No seamos duros de corazón! No andemos con nuestras corazas, ni impongamos exigencias más allá de las que nosotros mismos estaríamos dispuestos a sobrellevar. Seamos comprensivos, dóciles y misericordiosos!

